

IRIA LÓPEZ TEIJEIRO

NIÑA DE

CRISTAL

UN VIAJE QUE CAMBIARÁ SU VIDA PARA SIEMPRE

Niña de Cristal

IRIA LÓPEZ TEJEIRO

A Nicolás Fabal Anca

PRIMERA PARTE

Raíces

*«¿Qué somos, sino el murmullo del río escondido en el bosque?
El ondear valiente del mar, el cantar hechicero del viento en las rocas,
el alegre cantar del árbol amigo, la tierra que pisas.
Hijos de la diosa madre. Sangre heredada del primer latido».*

GAIA

CAPÍTULO 1

La salida

Miraba hacia los cristales. Esperaba sin saberlo por las gotas de lluvia; pero no llovía. Ella siempre había preferido el Santiago mojado, el oscuro, el invernial. Sobre todo cuando estaba triste. El Santiago de luz y sol era sólo para los turistas.

«*Esta ciudad es un cementerio*», pensó mientras permanecía junto a una ventana observando la marea de rostros ajenos y distantes que caminaba, como siempre, hacia la gran tumba que era la catedral.

—¿Todo bien? —preguntó la secretaria desde la puerta con una sonrisa fingida—. ¿Has terminado?

—Sí.

La joven se levantó y caminó hacia el cuarto de revelado para apagar la luz. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que el de la secretaria era uno de esos rostros que nunca sonreía con sinceridad. Era normal, incluso ella misma empezaba a olvidarse ya de cómo se hacía tal cosa.

—¿Han salido bien?

—¿Las fotos? Sí.

—¿Me las enseñas?

—Mejor el lunes. Que ya son las ocho y no nos pagan las horas extra.

Xiana intentó sonreír y, efectivamente, ella tampoco consiguió más que una mueca artificial.

—¿Seguro que estás bien? No tienes buena cara.

—Estoy un poco cansada. No he pasado buena noche. ¿Nos vamos?

Era cierto. De hecho, hacía bastantes noches que Xiana no pegaba ojo. Las pasaba tumbada en la cama en silencio, escuchando de fondo la respiración de Brais mientras ella empezaba a creer que se había vuelto completamente loca. Algo no funcionaba en su interior, pero no era capaz de explicarse qué.

En cuanto salió a la calle se vio de nuevo invadida por aquel bochorno pegajoso y, tras despedirse de la secretaria, apuró el paso aunque no tenía ni pizca de ganas de ir a su casa. «*La verdad —pensó—, no me queda otra alternativa. Si no voy a casa, ¿a dónde puedo ir?*». Pronunció las últimas palabras en voz alta ignorando a todos los peatones que caminaban en dirección opuesta a la suya cargados hasta los dientes de cámaras digitales. Las repitió de nuevo sin tener muy claro el motivo. Tal vez infundirse valor, tal vez compadecerse de sí misma. Sobre todo porque sabía que, al final, no sería capaz de evitar esos cinco minutos delante de la puerta con la llave en la mano dudando si entrar o no, cayendo presa de la angustia, con la certeza de que acabaría por entrar y rendirse a la evidencia de que no existía un lugar peor en el mundo para esconderse, aunque tampoco un lugar mejor. Pero, sobre todo, porque sabía cuál iba a ser la reacción de Brais y no tenía ganas de aguantar el sermón.

Ella ya tenía claro que la vida era dura, que nadie era feliz con su trabajo y que tenía la suerte de que le pagasen por hacer aquello que le gustaba. O que se suponía que tenía que gustarle, al menos. ¿Tan difícil resultaba comprender que ella deseaba otra cosa? Aunque no estaba segura de qué cosa era. No tenía por costumbre quejarse, sólo pretendía quedarse sentada en el sofá, en silencio, procurando encontrar sentido a todo lo que la rodeaba, intentando desvanecerse en el aire. ¿Era tanto pedir? Tal vez sí, porque no tardaba en escucharse la voz de Brais: «*No te pongas ahora en plan mártir, que muchos tienen que deslomarse para*

ganar el pan. ¿O es que pretendes vivir sin trabajar? Pues las cosas no son tan fáciles, chica».

Pero no se trataba de eso. Ella sabía perfectamente cómo eran las cosas, mejor incluso que él, que con menos de treinta años tenía ya una empresa propia gracias al dinero de su padre y podía dedicar la mayor parte del tiempo a dibujar lo que le apetecía. No, no se trataba de eso. Sencillamente, Xiana no podía entender el mundo que la rodeaba y no existía nadie con quién compartir aquel sentimiento absurdo. Tampoco Brais. Brais nunca comprendía nada. Nadie lo hacía.

Se había pasado toda la vida dejándose llevar por los acontecimientos, adoptando las cosas como venían sin detenerse a tomar ninguna decisión por sí misma. Por eso había terminado en aquel pequeño apartamento con un dibujante vanidoso y egocéntrico al que solía llamar «*mi novio*» porque era lo que se esperaba de ella. Por eso no se había marchado nunca de aquella ciudad que ya había perdido toda la magia que le veía cuando era niña. Por eso continuaba día tras día en aquel empleo asfixiante sacando estúpidas fotografías a botellas de vino o chorizos gallegos que le quitaba las ganas de hacer cualquier otra cosa. A eso se limitaba su vida. A eso y a visitar semanalmente a una familia de prestado; y a ir al cine los sábados después de pasarse por la exposición de moda; y quedar en el bar de siempre con un montón de frívolos compañeros para discutir sobre lo maravillosa que era la última película de *Clint Eastwood*, de lo geniales que serían los musicales de *Broadway* o de cuál había sido el peor anuncio del festival de publicidad que habían emitido el otro día por el *Plus*. ¡Estaba harta! Cansada de dar vueltas siempre en la misma rueda. Tenía ganas de largarse antes de que fuese demasiado tarde. Marcharse, como había soñado de niña, como hacían todos los aventureros de aquellos libros que la habían hecho soñar.

Seguramente Brais tenía razón, pensaba ella de vez en cuando, al decir que su actitud era infantil. Pero Xiana sentía realmente que necesitaba huir, respirar, salir corriendo en busca de una vida propia

porque la que estaba viviendo no le pertenecía, no era la suya. No podía serlo.

«¡*Un año sabático?!*», exclamaría él a voz en grito. «*¡No me hagas reír! No estás mayorcita ya para esas tonterías. ¡Pero tú qué te crees que es la vida? Lo que te pasa es que no soportas la disciplina del trabajo. Déjate de tonterías y madura de una vez*». Después Xiana se sentaría en el sofá e intentaría evadirse mientras su novio daba vueltas a su alrededor protestando con un cigarro casi consumido entre los dedos: «*Y como continúes con esta actitud acabarás por perder tu trabajo. ¿O crees que por acostarte con tu jefe tienes el chollo resuelto? ¡Tremendo empresario sería yo!*».

Esas palabras despertarían a Xiana de su aletargo y lo miraría con desprecio. Brais no tardaría ni dos segundos en darse cuenta de su error: «*Me he pasado. No quería decir eso, pero es que...*». El joven se acercaría a ella, inmóvil todavía, para darle un beso en la frente. «*Mira, ¿sabes lo que deberíamos hacer? En agosto tendremos vacaciones y podríamos salir de viaje. A donde tú quieras. A Roma, a París, a Londres... ¡Tú eliges! En un mes nos vamos. ¿Podrás aguantar un mes, cielo? ¿Qué me dices?*».

La historia era la misma todas las semanas, todos los días. Xiana abrió la puerta y entró en el apartamento. No soportaba aquel tipo de conversaciones con su novio pero, ¿a quién pretendía engañar? Sabía que, de todas formas, nunca encontraría una buena excusa para marcharse.

—¡¡Holaaaaa!! —gritó desde el recibidor sin obtener ninguna respuesta—. ¿Hola?

Entró en el cuarto de estar que Brais empleaba también como estudio y donde sus cosas, esparcidas por todas partes, conferían a la casa un curioso aire de hogar. En el rincón del fondo, junto a la galería, Brais había dejado abierto de par en par su cuaderno de dibujo. Xiana se acercó para observar los cambios en el boceto del último cómic en el que su novio trabajaba. No se había quedado abierto por descuido. Él siempre lo dejaba así para que ella lo viese al llegar. Xiana cerró el

cuaderno y, casi como un acto reflejo, encendió el móvil para escuchar el buzón de voz por el altavoz mientras se disponía a ir al cuarto en busca de algo más cómodo.

—*Tienes... cinco... mensajes nuevos* —dijo la voz metálica y pausada del aparato—. *Primer... mensaje: ¡Hola, guapa! Soy Celia. Ya me ha llegado el libro que tenía encargado. Pásate por aquí cuando puedas y le echas un ojo. Y nos tomamos un café, que me tienes abandonada. Dale un beso a Brais de mi parte. Segundo... mensaje: ¿Xiana? Soy mamá. ¿Qué haces con el móvil que lo tienes siempre apagado? El domingo no vengáis a comer. Arturo nos va a llevar por ahí. Ya te llamaré, ¿de acuerdo?*

Xiana dejó escapar una sonrisa amarga en honor a su madre, siempre tan cálida y cariñosa. El teléfono anunció el tercer mensaje:

—Soy yo. He salido a tomar algo con Andrés. Quedamos con los otros a las diez en el bar de Ana. Nos vemos allí. *Biiiiip.*

—¡Vete a la mierda, Brais! —exclamó ella todavía a medio vestir—. ¿Y si no quiero ir? Deja de darme órdenes.

Iba con paso decidido a apagar el teléfono cuando el siguiente mensaje la detuvo en seco. Una voz grave sonó a través del altavoz:

—¡Mierda, malditos aparatos! Uy, perdón... Quiero decir... Soy Luis... Luis López Castro... Disculpe mi comportamiento, no me gustan los contestadores. Estoy intentando localizar a Xiana Láncara. Se trata de... Es un asunto algo complicado para hablar de él a través del buzón de voz... Disculpe, he encontrado este número de teléfono y el caso es... *Biiiiip. Quinto... mensaje: Soy Luis López Castro de nuevo. Siento el mensaje anterior. Por favor, en cuanto le sea posible, llámeme. No tiene más mensajes.*

Xiana se sentó en el sofá a fumarse un cigarro despacio, como solía hacer siempre que necesitaba pensar. Se esforzó por recordar, pero fue en vano. Estaba casi segura de que no conocía a nadie con ese nombre.

—¿Diga? —respondió Luis.

Xiana reconoció su voz, pero preguntó en tono cortés:

—¿Podría hablar con Luis López Castro, por favor?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Xiana Láncara.

—...

—Usted ha dejado un mensaje...

—¡Sí, sí! Disculpe. Es que... La verdad, no creía que fuese a responder. El mensaje... Yo... Tiene que disculparme, no estoy acostumbrado a los contestadores. Verá... Yo soy el... Disculpe, no quiero importunarla... Tal vez no tenga derecho a entrometerme así, pero... Quiero que entienda que yo no pretendo...

—¿Me va a terminar de explicar hoy quién es usted? —preguntó ella divertida.

—Sí, claro. Perdone. Soy el médico de su abuela.

—¿De mi abuela? —dijo. Su tono de voz se había endurecido.

—Sí. Amalia Álvarez. Es su abuela, ¿no?

—Sí que lo es. Pero no sé si sabe que...

—Lo sé —interrumpió él—. Estoy al tanto de su historia familiar. El caso es que su abuela... Perdón, Amalia, está mal. Está muy enferma y yo, como médico suyo...

—Oiga, está hablándome de una mujer a la que no veo desde los cinco años.

—Lo comprendo, pero... Verá... Amalia está senil, y tiene una terrible obsesión con algo que debió de suceder hace mucho tiempo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Xiana estaba a punto de colgar el teléfono. No podía dejar de pensar en todo lo que su madre le había contado de aquella mujer, de aquella

familia. De cómo las echaron a las dos de la casa tras la muerte de su padre. No quería saber nada de ellos.

—Me hago cargo de lo raro que resulta todo esto. Pero entienda que sólo soy un médico intentando ayudar a una paciente. Lo cual... es bastante complicado porque yo tampoco sé exactamente lo que le ocurre. Pero... Pero estamos hablando de una mujer de noventa y cinco años postrada en una cama presa de una angustia atroz. Intento ayudarla a morir en paz... Lo único que le pido es que me escuche.

—Y eso es lo que hago. Pero no entiendo qué quiere de mí.

—Pues... Verá... El caso es que Amalia atraviesa, de vez en cuando, instantes de lucidez. Y entonces repite constantemente su nombre...

—Quizás sean remordimientos.

—Tal vez. Pero creo que hay algo más.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Si tal vez pudiese acercarse hasta aquí.

—No creo que sea una buena idea —dijo Xiana sin dejar pie para la negociación.

—Sí... Seguro que tiene usted razones de sobra para pensar así. Lo siento. No he debido molestarla.

El hombre colgó el teléfono y Xiana se sentó sobre la silla del escritorio de Brais. ¿Se sentía molesta? No, sólo confusa. Sus dedos jugaban con las hojas del cuaderno de dibujo mientras las cosas se iban mostrando cada vez más claras en su mente.

Se levantó y fue hasta el dormitorio para meter algunas piezas de ropa en una pequeña bolsa de viaje. Cogió de nuevo el móvil, pulsó la tecla de rellamada y esperó a que alguien descolgase del otro lado mientras pensaba que lo justo era contárselo a Brais, o al menos dejarle algún tipo de aviso.

—Diga —respondió Luis.

—Hola, soy Xiana otra vez... —dijo.

Y escribió en un folio que encontró sobre la mesa de su novio: «*ME LARGO*».

CAPÍTULO 2

«Cuenta la leyenda que el compostelano legítimo tiene la piel curtida por vientos que no son marinos, lleva la sangre teñida de memorias y habita siempre a medio camino entre los vivos y los muertos... Cuenta la leyenda, que las gentes de las tierras del norte, en el fin del mundo, tienen la piel curtida por los más bravos vientos marinos, llevan la sangre teñida de secretos y, por haber nacido junto al santo al que llaman “el lejano”, viven desde las primeras luces a medio camino entre los muertos y los vivos».

No estaba segura de dónde había sacado aquellas historias sobre el pueblo de su padre. A veces creía que se las había contado él antes del accidente y otras que las habría leído en algún libro cuando era pequeña. Pero lo importante era que las sabía desde siempre y, tal vez a causa del repentino viaje al que se había lanzado, todos esos cuentos fantásticos resurgían de sus profundidades. Xiana apenas tenía recuerdos de sus primeros años, de la época en la que su padre aún vivía y pasaban los veranos en el pueblo. Tiempo atrás los había sustituido por esas leyendas sin origen que ahora aparecían de nuevo mientras su coche se iba adentrando en la niebla.

Tras pasar de largo el cruce que conducía a San Andrés de Teixido, no tardó mucho en dar con el pueblo. Eran casi las once y, pese a que el cielo parecía negarse a oscurecer por completo aquella noche, ya hacía bastante que el sol se había escondido. Aparcó en una pequeña plaza junto a la iglesia. No se veía a nadie. Cerró la puerta del coche con cuidado porque el silencio era tan denso que le daba reparo romperlo y rebuscó en su bolso hasta dar con el papel donde había anotado la dirección.

«Calle de Arriba, nº42». Una mirada fue suficiente para comprender

que no le resultaría muy complicado dar con la casa ya que allí había, como mucho, seis calles. Encendió un cigarro, apartó el pelo que le cubría media cara y observó los alrededores. No recordaba mucho de aquel lugar. Tampoco se veía ninguna placa con las indicaciones de las calles, pero la lógica no dejaba lugar a dudas: el pequeño pueblo se extendía en la ladera de la montaña y la Calle de Arriba debía de estar, como su nombre indicaba, en la parte superior.

Se echó a andar y el eco de la plaza le devolvió el sonido de sus pasos sobre el asfalto. El paisaje le resultaba al mismo tiempo siniestro y hermoso, con la inmensidad oscura del mar allá a lo lejos, a los pies de la montaña; las antiguas casas que se mezclaban entre ellas sin orden aparente, todas construidas en piedra y muy semejantes entre sí, con sus balcones llenos de geranios, con sus estrechas calles que parecían acomodarse hasta crear un extraño orden laberíntico e iluminado por la tenue luz de las farolas de hierro. Pero también encontraba algo inquietante en la atmósfera, tal vez su exagerado silencio. No estaba segura pero, tras un escalofrío que le recorrió toda la espalda, decidió que, efectivamente, aquel lugar resultaba fantasmagórico. Entonces, una sombra negra pasó a toda velocidad junto a sus pies y ella pegó un salto hacia atrás. Cuando descubrió los brillantes ojos del animal, que se había detenido a pocos metros con aire burlón, Xiana estuvo a punto de echarse a reír, aunque no tuvo tiempo porque en algún lugar de la noche, acompañada por una rotunda carcajada, una voz se le adelantó:

—Los gatos no muerden. Ni siquiera en este pueblo.

Xiana se dio cuenta de que la voz provenía de un balcón en una de las casas frente a ella. No distinguía a la persona que había hablado, pero sí se veía la punta de un cigarro brillando con intensidad. Dio un paso adelante y se dirigió a la voz:

—Disculpe, estoy buscando una casa. ¿Podría ayudarme?

La luz naranja creció un poco y luego se movió hasta resultar insignificante en comparación a la silueta que la portaba y que se hizo visible al asomarse al balcón. Se trataba de un hombre joven, de treinta

y pocos, moreno y bastante guapo, pensó Xiana, que podía distinguir el brillo pícaro de sus ojos incluso desde aquella distancia.

—No somos muchos por aquí. ¿A quién buscas?

—A Luis... —empezó a decir Xiana, pero se detuvo para echar un vistazo al papel donde había anotado los datos del médico—. A Luis López Castro.

El hombre del balcón no respondió, pero Xiana creyó advertir que su mirada divertida había desaparecido un momento, justo antes de asomarse de nuevo para observarla con una curiosidad mayor.

—¿Sabes cuál es su casa? —insistió ella.

—Sí... ¿De qué conoces a Luis?

Xiana abrió los ojos sorprendida por la pregunta. El hombre pareció comprender su desconcierto

—Claro, claro. No es asunto mío. Aquella casa al fondo de esta calle, la grande con el muro alrededor. Allí es.

—Gracias.

Emprendió el camino, pero él la detuvo:

—¿Cómo te llamas?

—Xiana.

—Mucho gusto —dijo. Y se perdió de nuevo en la oscuridad de su balcón.

La escena le había parecido extraña, pero dejó de darle vueltas en cuanto estuvo delante del gran portal metálico coronado con una placa dorada en la que se leía: «*Luis López-Castro Antas. Medicina General*». Xiana consultó el reloj y se dio cuenta de que no era la hora más adecuada para presentarse en la casa de un desconocido. Tal vez había sido un error salir de forma tan precipitada, sin detenerse a analizar la situación. No era un sentimiento nuevo para ella aquella mezcla de remordimientos y culpa; lo padecía siempre que tomaba una decisión

sin pensar, cosa que ocurría como mínimo un par de veces al día.

Sin embargo, en esa ocasión, el sentimiento de culpa resultaba más fuerte de lo habitual pues ya no había vuelta atrás. Sería de locos desandar el camino a tales horas, por una carretera estrecha, llena de curvas bajo las cuales sólo había altísimos acantilados. Además, para cuando llegase a casa, Brais ya habría leído la nota. Pensó en Brais. Los remordimientos aumentaron. Tomó aire para tranquilizarse y pulsó el timbre al mismo tiempo que intentaba apartar de la mente todos sus pensamientos.

Luis resultó ser un hombre mucho más joven de lo que ella había imaginado: unos treinta y cinco años, moreno, con los rasgos suaves y los ojos grandes, esquivos, oscuros. Pero lo que realmente le llamó la atención a Xiana fue que, pese a tratarse de un hombre risueño en apariencia, todo en él emanaba un profundo sentimiento de tristeza. Incluso sus manos. Xiana siempre se paraba a contemplar las manos, ya que creía que podían decirle mucho sobre la persona que tenía delante. Las de Luis eran tristes y contradictorias: pálidas, frágiles, delgadas y, sin embargo, grandes y muy masculinas.

—Lamento presentarme a estas horas. Sé que debería haber esperado hasta mañana, pero...

—No te preocupes —dijo él con su voz tranquila mientras la miraba de reojo—. Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo?

Xiana rechazó la invitación. Esperaba que él empezase a hablar pero todavía tardó un rato en hacerlo. El cuarto en el que se encontraban en la consulta privada del médico, o eso dedujo ella. Era un pequeño despacho decorado de manera sobria y práctica, sin grandes ostentaciones pero con buen gusto. «Aunque», pensó Xiana, «es demasiado oscuro».

—Ante todo —rompió a hablar él sin previo aviso— gracias por venir. Sé que todo esto es un poco... raro —Luis se sirvió café en una taza. Le temblaban las manos—. ¿Seguro que no quieres nada?

—Seguro, gracias.

—El caso es que tu abuela... Perdón, Amalia. Amalia está enferma. Es una mujer mayor y no es mucho lo que se puede hacer por ella a estas alturas, pero yo deseo ayudarla a descansar y que pueda pasar en paz sus últimos días —Luis la miró directamente por primera vez, pero ella permanecía callada, sin inmutarse—. Amalia se encuentra inmersa en otro mundo. Está... Está obsesionada con algo, no sé qué exactamente. Parece algo que ocurrió hace bastante tiempo. Es posible que se trate de tu familia, lo que pasó cuando eras niña. No sé... Pero espero que te cuente a ti lo que la atormenta.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Y qué se solucionará si me lo cuenta?

El médico pestañeó varias veces, como si no acabase de comprender la pregunta o si estuviese esperando a que la cucharilla de café con la que jugaban sus dedos, sus largos dedos en los que se podían adivinar todos los huesos de la mano, le diese alguna respuesta.

—No lo sé —murmuró finalmente—. Sólo pretendo ayudarla. Es el único recurso que me queda.

—¿Y por qué estás tan seguro de que yo quiero ayudarla?

—Bueno, porque estás aquí, ¿no? —preguntó el médico mientras una sonrisa se dibujaba en su cara.

Fue breve, muy breve, pero Xiana sintió por primera vez en mucho tiempo que observaba una sonrisa sincera.

¿Te ha gustado? ¿Quieres seguir leyendo?

Consigue ya tu ejemplar en versión digital o en papel:

amazon.es

amazon.com